

Aproximaciones a Mariano Silva y Aceves

De todos los miembros del brillante Ateneo de la Juventud, fundado en 1909 en la ciudad de México, quizá uno de los más olvidados siga siendo el michoacano Mariano Silva y Aceves (1887-1937) pese al gran interés que ha suscitado en los últimos años la obra de los ateneístas, especialmente la de los consagrados (es decir, Antonio Caso, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos y Julio Torri). Sin embargo, hay que recordar que Silva y Aceves fue también un hombre muy culto, humanista y latinista, que dedicó toda su vida a la cultura y a las letras. Su obra literaria, sin ser extensa (consta de cinco libros además de lo que todavía quedó disperso e inédito¹), sorprende por su originalidad y diversidad. Sobre todo Silva ha preferido cultivar el texto breve como el cuento, el relato, la estampa y el poema en prosa. Desde sus primeros escritos no sólo se exhibe un estilo depurado y sobrio sino que aparece un afán por explorar las raíces de la nación preludiviendo así la importante labor de los colonialistas. Pero hay también en esta obra un constante deseo de experimentar con otros motivos, tonos y situaciones.

En este trabajo quisiéramos detenernos únicamente en *Muñecos de cuerda* (1936), el último libro de Silva, con el fin de señalar algunos de sus elementos más característicos. Se trata de su obra más ambiciosa ya que recoge unos veintiocho cuentos casi todos inéditos. En estas prosas generalmente cortas, cada una dedicada a uno de sus muchos amigos², el autor desarrolla otras facetas de su arte dejando atrás su

¹ *Arquilla de marfil* (1916), *Cara de Virgen* (1919), *Animula* (1920), *Campanitas de plata* (1925) y *Muñecos de cuerda* (1936). Se reproducen estos libros más todo el material disperso e inédito en nuestra edición de Mariano Silva y Aceves, *Un reino lejano* que pronto publicará el Fondo de Cultura Económica.

² Torri, Reyes, López, Icaza, Estrada, Vasconcelos, González Martínez entre otros. Cabe notar que este «librito risueño» lleva la siguiente dedicatoria a la memoria de su gran amigo Carlos Díaz Dufoo Hr.: «—ratos luminosos, problemas humanísticos, muchos proyectos, hospitalidad siempre alegre— autor famoso de *Epigramas* y de *El barco*, que se nos escapó de la vida por seguir a sus fantasmas».

innegable atracción hacia la época colonial, el mundo infantil y la expresión poética a favor de unos temas y ambientes más cercanos a la realidad presente y siempre vinculados a México.

Si bien es cierto que sigue su preocupación por lo mexicano, lo que ahora llama la atención en algunos textos es la aparición del tema de la Revolución Mexicana presentando desde diversos puntos de vista. Puede ser, por ejemplo, el de un típico burócrata mexicano como don Próspero³ quien, pese a su resistencia inicial, se va adaptando fácilmente a la nueva vida. Junto con el país este simpático contador evoluciona también, lo cual parece indicar que el cambio ha sido benéfico. Por otro lado, se nota una actitud menos positiva en «Lucía en el mar» cuya acción transcurre durante la Revolución a bordo de un barco de pasajeros que carece de agua y comida. Por medio de este microcosmos compuesto de personajes algo extraños se emiten sendas opiniones acerca del país como, por ejemplo, el hecho de que en México «gobierna lo absurdo» o que los revolucionarios «mueren muy bien pero de una manera poco provechosa». Pero más interesante aún es ue la realidad va adquiriendo matices verdaderamente absurdos y fantásticos. Así resume la situación el capitán de esa nave «nave de locos»: «Ahora la revolución ha venido a cambiarlo todo. Figúrese usted, no nos dejan salir porque el gobierno carrancista teme un asalto a Guaymas y quiere que nosotros ayudemos con nuestros cañones. Pero ¿cuáles cañones, señorita?» (p. 294). Sólo en «El veterinario» se puede encontrar un tratamiento realista de la lucha revolucionaria al captar un episodio que muestra la fragilidad de la vida humana en tales circunstancias.

Otro tema que se repite en distintos momentos de *Muñecos de cuerda* es el de la muerte (a menudo violenta). Por lo general los perpetradores de los crímenes que se cometen son hombres de baja extracción que se rebelan contra personas de mayor autoridad: un soldado asesina a un coronel, un joven estrangula a su tía o un peón mata a su patrón. Además, es frecuente en narraciones de esta índole la idea de que la fatalidad o el destino intervienen en la vida humana. Así, en «La última rosa» el idilio amoroso de Joaquín con su novia se ve trágicamente truncado cuando aquél muere a manos de un enemigo de la familia. Pese a sus buenos sentimientos parece que Joaquín está condenado a tener la misma muerte que su padre. La novia, auténtica heroína romántica, sacrifica su vida al quedar fiel a este amor. Asimismo el destino no deja de perseguir a la familia del coronel asesinado ya que después de su muerte se desmorona el hogar de manera irremediable. Además de estos casos violentos de pasión o venganza, se destaca el curioso texto, de

³ «Por el hilo de una vida» en Mariano Silva y Aceves, *Cuentos y poemas* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1964). Todas las citas textuales corresponden a esta edición.

tono melancólico, titulado «El novio muerto». Lo interesante aquí es la atracción que ejerce sobre las cuatro mujeres el muerto quien había sido novio de una de ellas. En efecto, es como si él diera sentido a las vidas monótonas y áridas de estas solteras que juntas visitaban su tumba todos los sábados. En su febril imaginación este hombre más bien común y corriente se había convertido en «el otro». Envuelta en una atmósfera de ensoñación y vaguedad romántica este cuento presenta una situación que fascina por las sugerencias psicológicas que contiene. A veces el tema de la muerte toma un rumbo más bien humorístico-irónico como en «De funerabis», cuento que describe los funerales de un hombre de letras quien «expiró sin que la fama ni los médicos fueran capaces de alargas más el hilo de su existencia» (p. 175). Las huellas de Julio Torri en el título, en el tema y en la ejecución de esta prosa son muy evidentes. Sobre todo lo que hay que subrayar es el tono irónico manifiesto, por ejemplo, en la constante repetición de las palabras «hombre de letras» y «genio indiscutible» al referirse al muerto o en el uso intencionado de cierto adverbio como cuando se dice que en el cortejo seguían los intelectuales «detrás de los familiares, ferozmente sacudidos por la pena» (p. 176). Igualmente irónico es el hecho de que por aburrimiento dos de los asistentes («un viejo lingüista maniático y miope, y un joven que cultivaba la crónica banal en periódicos de mujeres») se entretenían engañándose uno al otro con historias inventadas.

Una de las notas más características y novedosas de este libro de cuentos es la presencia del hombre de letras como protagonista. A veces se plantea, como en «El escritor ingenuo», el problema de la esterilidad o del agotamiento de la inspiración. Más revelador aún de los propios ideales estéticos de Silva y Aceves es «El poeta Lucrecio» donde se alude a los peligros que representan la fama y el público para el auténtico artista. Lucrecio es un escritor que se siente profundamente insatisfecho con la poesía que ha tenido que escribir por encargo y que le ha merecido cierto renombre. Al mismo tiempo intuye que el verdadero arte debe responder a una necesidad vital y no a las demandas de otros. En efecto, al alejarse de ese ambiente poco propicio Lucrecio se realiza como poeta en «la soledad de los campos» (p. 229). Otra vez estas ideas expresadas por Silva son muy afines a las que Torri ha sugerido en su obra. En particular es muy reminiscente de «El descubridor», texto publicado por Torri en 1933, la imagen de que se sirve Silva para decir que Lucrecio había escondido alguna poesía «como se ha de esconder el oro de una mina que se acaba de descubrir» (p. 227). Algunas de estas mismas preocupaciones encuentran también cabida en la excelente narración «En tono de epitafio» en la cual se da el caso de un novelista que consigue por fin el éxito con la aparición de su sexta obra, la historia edificante de una mujer. En seguida los lectores se interesan por sus novelas anteriores (bastante malas) y se editan sus *Obras com-*

pletas en seis tomos. Deslumbrado por la fama este «genio nacional» deja de escribir y se convierte en un «personaje social». Lo irónico, no obstante, es que el mismo público que lo había hecho célebre luego se olvida totalmente de él al rendir homenaje a la heroína de su *best-seller* (una especie de *Santa*). Con fina ironía y escepticismo el autor sugiere aquí (igual que Torri o Monterroso) que el público de quien depende el éxito literario suele ser inconstante, pero competente en apreciaciones estéticas y dañino para el artista que se deja influir por él. Basándose en sus propias observaciones Silva ya Aceves satiriza en otra prosas el falso mundo literario, es decir, el de las modas, las intrigas, la envidia y la ambición⁴. Para completar esta visión de la vida literaria tampoco podía faltar una crítica de los editores avaros que no tienen el menor interés en promover la cultura. Es precisamente en «La batalla de los libros» donde Silva aborda este tema con clara intención satírica. En síntesis se narra que como reacción en contra de los abusos de los editores y en contra de la mala costumbre que tienen de sólo publicar libros que se venden fácilmente (como manuales escolares o colecciones de poesía retórica, «amable y pudibunda»), surge un movimiento que se propone eliminar a dichos comerciantes y liberar al libro de su nefasta influencia. Pero resulta que por falta de solidaridad entre los escritores más populares, fracasa este intento de rebeldía y salen aún más unidos los «tiranos» quienes vuelven a dar impulso a «las obras pedagógicas o las de veterinaria y avicultura, entre otras igualmente fundamentales en un pueblo que adelante» (p 174). Es interesante notar que la vena irónica de Silva, mucho más patente en *Muñecos de cuerda* que antes, da sus mejores frutos en textos relacionados con el mundo de las letras.

En estos cuentos de Silva y Aceves se puede apreciar también cierta predilección por el personaje un tanto excéntrico cuya vida es a menudo absurdamente libresca. Se recordará, por ejemplo, al estimable maestro y poeta Pío Quinto quien, con su mujer, vivía exclusivamente de literatura hasta que un día los viniera a visitar su suegra. Con sutil ironía se describe a esta «señora ejemplar, sumamente sencilla de alma, casi vulgar» (p. 251) quien no solamente criticaba constantemente a su yerno sino que interrumpía «aquellas dulces lecciones a la mada y obediente esposa», lecciones que se efectuaban en todo momento y en cualquier lugar «hasta en el casto lecho nupcial» (p. 252). Junto al suave tono irónico que se mantiene a lo largo del texto, aparece hacia el final una nota sorprendente. De hecho, se revela lacónicamente que este «tímido y apocado» poeta esperaba desde hacía tiempo el momento oportuno para matar a su suegra. Hay una evidente paradoja en este curioso caso donde la literatura, en vez de inspirar buenos sentimien-

⁴ Véase «Los tres emigrados».

tos, incita al homicidio. Así, este amante de las letras matará sin el menor escrúpulo moral a doña Luz únicamente porque ésta no lo tomaba en serio y sobre todo porque ponía en peligro el carácter eminentemente literario de su vida conyugal. Algo parecido a Pío Quinto, es también el protagonista de «El último discípulo», un maestro que sólo vivía de libros hasta que un día decide casarse con su última alumna con el único fin de compartir con ella los deleites de la literatura. Otro notable aficionado a las letras es el culto profesor de griego en «Anacreonte» (texto dedicado a Alfonso Reyes) cuya mujer nunca le permitía gastar lo que ganaba. Pero al morir ella —quien le había enseñado la «voluptuosidad de la avaricia»— el sabio maestro «masculando versos de Anacreonte [...] se dedicó a frecuentar los lupanares a horas desacombradas, convirtiéndose en una figura favorita y ridícula de estos lugares» (p. 261). Con fino espíritu malicioso e irónico Silva y Aceves se complace en sugerir que las lecturas anacreónticas de ese erudito así como los ahorros que su tiránica mujer pudo realizar lo impulsaron a entregarse a los placeres de la carne.

Con frecuencia los textos de *Muñecos de cuerda* se limitan a retratar a algún personaje pintoresco sin que pase nada⁵ o a presentar una situación paradójica. En «El hombre de las parábolas», por ejemplo, se narra el caso de un individuo «perfecto» que deja de serlo al fijarse solamente en los defectos de los demás⁶. Tampoco se le escapa a Silva la paradoja —en «La aventura de Paconio»— de un maestro sumamente idealista a quien no se le ocurre pensar en sus semejantes. De hecho, este personaje actúa de una manera muy humanitaria con los animales pero, en cambio, queda absolutamente insensible a las necesidades básicas del hombre. Como otros de los personajes de Silva, Paconio vive en su propia realidad la cual acaba por distorsionar su visión del mundo real. Es obvio que a este autor le fascinan estos hombres —verdaderos muñecos de cuerda— que no pueden adaptarse a la vida refugiándose en los libros, en el pasado, en el arte, en la bohemia o en la soledad. Como dice el narrador de «Historia de un hombre raro» al referirse a Domingo, estas figuras son como «ejemplar[es] viviente[es] de faunas desaparecidas en medio de las especies que lograron adaptación oportuna con la vida» (p. 235). Tal vez el más raro de todos estos personajes sea precisamente este Domingo, hombre huraño, solitario, erudito y obsesionado por lo viejo quien solía pasar los días leyendo, fumando y comiendo huevos de galina hasta que un día, sin explicación alguna, se murió en su cama rodeado de colillas, humo y cascarones de huevos.

⁵ Por ejemplo, «El alguacil don Pedro».

⁶ Para Julio Torri este texto es «indiscutiblemente una de las más valiosas joyas del libro». *Diálogo de los libros* (México: Fondo de Cultura Económica, 1980), p. 108.

De todos los libros de Mariano Silva y Aceves *Muñecos de cuerda* es el que má apunta hacia el cuento contemporáneo tal como lo cultiva Juan José Arreola o Augusto Monterroso. Sus mejores narraciones, cortas por lo general, tienden a sugerir el carácter algo irreal, absurdo, casi fantástico de sus personajes aunque hay también cuentos cuya temática violenta hace pensar en los que escribiría más tarde Juan Rulfo. Los textos de Silva son el resultado de un agudo sentido de observación a menudo matizado por un fino espíritu irónico o humorístico. La brevedad de sus textos, la pulcritud estilística, la sutileza irónica, la presencia de lo absurdo son algunos de los elementos que hacen de Silva y Aceves no sólo uno de los cuentistas más destacados de su generación sino un insospechado precursor de Arreola y Monterroso.

SERGE I. ZAITZEFF
Universidad de Calgary. Calgary (Canadá)